

La Cultura en México: entre los artistas de la lente

Antonio Saborit

El material gráfico de *La Cultura en México* ocupaba dos de los cuatro cajones de un archivero de metal en la entrada a la biblioteca de la Imprenta Madero, al final de una escalera sin barandal. La biblioteca estaba en los altos de la oficina de Vicente Rojo, ubicada en el lado oeste de la nave rectangular a la que se accedía por el portón marcado con el 102 de la calle de Avena, en Iztapalapa, e integraban su acervo un millar y medio de libros y revistas de arte y diseño, propiedad de Rojo. En el archivero paraban las copias de máquina que se hacían ahí mismo en Madero de los materiales tomados de los libros y revistas en la biblioteca, o bien que proveía Carlos Monsiváis, y del archivero volvían a salir esas copias hacia las vidas del reuso.

Rojo fue el diseñador de *La Cultura en México* por lustros y sus proposiciones construyeron una identidad a este suplemento, como lo hizo en muchas otras publicaciones. Cuidaba que cupieran juego y deleite en sus persuasiones tipográficas, y su gusto enriqueció la currícula de la universidad sin aulas de *La Cultura en México*, donde dieron inicio mis alfabetizaciones. Imaginar que en las páginas de este suplemento también había espacio para la fotografía, su despliegue y sus historias, en realidad fue una extensión de lo que Rojo mostró que era posible hacer ahí mismo con Paul Klee o Leonora Carrington.

El suplemento de *Siempre!* lo conocí en la primavera de 1973. Entonces ya eran historia antigua los mejores días de la revista fundada y dirigida por José Pagés Llergo, o ésta fue mi primera impresión de una publicación impresa en sepia, dedicada a la crítica política y muchas veces más a loar al régimen en turno, y en la que el paso del tiempo lo delataban la formación de sus páginas y las dos o tres fotos de mujeres semivestidas que en cada número registraban los climas de la farándula. En cambio, *La Cultura en México*, el suplemento de *Siempre!*,

encartado en las páginas centrales, con numeración propia e impreso en tinta negra, parecía proyectarse hacia el futuro. Semana a semana, el suplemento incrementaba la nómina de cuanto había que conocer y entender, ya fueran artes y letras, historia y política, cine y música, filosofía y crítica. La agudeza y el ingenio no sólo eran parte de la gráfica sino de la profundidad de sus notas y ensayos. Mi afición fue instantánea y la caminata al puesto de periódicos en breve fue un ritual atrapado en el tiempo largo que toman todas las cosas en la adolescencia. En el otoño de ese mismo año *La Cultura en México* estrenó un consejo de redacción integrado por Jorge Aguilar Mora, José Joaquín Blanco, Rolando Cordera, David Huerta, Héctor Manjarrez, Carlos Monsiváis, Carlos Pereyra y Vicente Rojo.

Tal vez para entonces *Siempre!* era un semanario fechado, fiel al mermado elenco de sus colaboradores fundadores de 1953, en el que en efecto se podían espigar las entregas de autores como José Alvarado, Alejandro Gómez Arias, Renato Leduc, Francisco Martínez de la Vega y Manuel Moreno Sánchez, pero las pasiones y los intereses que los miembros del consejo de redacción y sus colaboradores vertían semana a semana en las dieciséis páginas diseñadas por Vicente Rojo, transformaron *La Cultura en México* en una lectura indispensable. Por las páginas de este suplemento no sólo desfilaron todos los autores, tanto los menos conocidos por su edad, como los que alcanzaban el rango de jóvenes clásicos, como la mayor parte de los temas: artes plásticas, literatura, historia, teatro, filosofía, cine, caricatura. Jorge Ayala Blanco, como crítico e historiador del cine, y Rogelio Naranjo, como el caricaturista de la casa, perseveraron más que nadie en *La Cultura en México*. Félix Cortés Camarillo se hizo cargo de una columna de teatro por años. Bernardo Recamier relevó a Rojo en el otoño de 1974, y a la lista de consejeros se sumaron dos años después Héctor Aguilar Camín, Adolfo Castañón y José María Pérez Gay. En noviembre de 1977, Jorge Aguilar Mora, David Huerta y Héctor Manjarrez decidieron separarse del consejo, y en febrero de 1978 se sumaron a él Luis González de Alba y Elena Poniatowska, quien en un parpadeo se apartó del consejo sin dejar de colaborar. En las páginas del suplemento encontraron a sus primeros lectores los poemas, ensayos y crónicas

de estos consejeros, así como adelantos procedentes de diversas editoriales.

En septiembre de 1977, Ayala Blanco tradujo una selección generosa de los Fragmentos de un discurso amoroso de Roland Barthes, a los que acompañó con un *collage* y varias fotografías realizadas por Adriana Contreras para su publicación en *La Cultura en México*. El suplemento realizaba su vocación de servicio en dar a conocer autores que, por la condición excéntrica de toda contemporaneidad, demorarían años en recibir atención de otras publicaciones periódicas y de las casas editoriales. Ayala Blanco impartía la clase de historia del lenguaje cinematográfico a los alumnos de nuevo ingreso en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos y tenía un canon amplísimo e imprevisible de autores muertos y vivos. Su enorme magisterio se multiplicaba en *La Cultura en México*, en su columna semanal, en sus tareas como historiador del cine y en su oficio como traductor de Julia Kristeva, Michel Foucault, Gilles Deleuze y Roland Barthes, entre muchos otros nombres entonces casi de culto. Una parte de mi generación, solicitó y obtuvo que Ayala Blanco nos enseñara un par de años más la misma materia. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 37. La iconosfera Monsiváis*
México, Centro de la Imagen/ Secretaría de Cultura, 2021.